



Diego Saavedra Fajardo

EMPRESA II

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Diego Saavedra Fajardo

EMPRESA II

Con el pincel y los colores muestra en todas las cosas su poder el arte. Con ellos, si no es naturaleza la pintura, es tan semejante a ella, que en sus obras se engaña la vista, y ha menester valerse del tacto para reconocellas. No puede dar alma a los cuerpos, pero les da la gracia, los movimientos y aun los afectos del alma. No tiene bastante materia para abultallos, pero tiene industria para realzarlos.

Si pudieran caber celos en la naturaleza, los tuviera del arte; pero, benigna y cortés, se vale dél en sus obras, y no pone la última mano en aquellas que él puede perficionar. Por esto nació desnudo el hombre, sin idioma particular, rasas las tablas del entendimiento, de la memoria y la fantasía, para que en ellas pintase la doctrina las imágenes de las artes y sciencias, y escribiese la educación sus documentos, no sin gran misterio, previniendo así que la necesidad y el beneficio estrechasen los vínculos de gratitud y amor entre los hombres, valiéndose unos de otros; porque, si bien están en el ánimo todas las semillas de las artes y de las sciencias, están ocultas y enterradas y han menester el cuidado ajeno, que las cultive y riegue [Omnibus natura fundamenta dedit semenque virtutum, omnes ad ista omnia nati sumus; cum irritator accessit, tunc illa animi bona velut sopita excitantur (Sen., epist. 10)]. Esto se debe hacer en la juventud, tierna y apta a recibir las formas, y tan fácil a percibir las sciencias, que más parece que las reconoce, acordándose dellas, que las aprende: argumento de que infería Platón la inmortalidad del alma [Ex hoc posse cognosci animas inmortales esse, atque divinas quod in pueris mobilia sunt ingenia et ad percipiendum facilia (Plat. De An.)]. Si aquella disposición de la edad se pierde, se adelantan los afectos y graban en la voluntad tan firmemente sus inclinaciones, que no es bastante después a borrarlas la educación. Luego en naciendo lame el oso aquella confusa masa, y le forma sus miembros. Si la dejara endurecer, no podría obrar en ella. Advertidos desto los reyes de Persia, daban a sus hijos maestros que en los primeros siete años de su edad se ocupasen en organizar bien sus cuerpecillos, y en los otros siete los fortaleciesen con los ejercicios de la jineta y la esgrima, y después les ponían al lado cuatro insignes varones: el uno muy sabio, que les enseñase las artes; el segundo muy moderado y prudente, que corrigiese sus afectos y apetitos; el tercero muy justo, que los instruyese en la administración de la justicia; y el cuarto muy valeroso y práctico en las artes de la guerra, que los industriase en ellas, y les quitase las aprehensiones del miedo con los estímulos de la gloria.

Esta buena educación es más necesaria en los príncipes que en los demás, porque son instrumentos de la felicidad política y de la salud pública. En los demás es perjudicial a cada uno o a pocos la mala educación; en el príncipe, a él y a todos, porque a unos ofende con ella, y a otros con su ejemplo. Con la buena educación es el hombre una criatura

celestial y divina, y sin ella el más feroz de todos los animales [Homo rectam nactus institutionem, divinissimum, mansuetissimumque animal effici solet, si vero, vel non sufficienter, vel non bene educuntur eorum quae terra progenit ferocissimum (Plat., lib. 3, De leg; A. Gel., lib. 9, Noct. At, c. 3)]. ¿Qué será, pues, un príncipe mal educado, y armado con el poder? Los otros daños de la república suelen durar poco; este lo que dura la vida del príncipe. Reconociendo esta importancia de la buena educación, Filipe, rey de Macedonia, escribió a Aristóteles (luego que le nació Alejandro) que no daba menos gracias a los dioses por el hijo nacido, cuanto por ser en tiempo que pudiese tener tal maestro. Y no es bien descuidarse con su buen natural, dejando que obre por sí mismo, porque el mejor es imperfecto, como lo son casi todas las cosas que han de servir al hombre: pena del primer error humano, para que todo costase sudor. Apenas hay árbol que no dé amargo fruto si el cuidado no le trasplanta y legitima su naturaleza bastarda, casándole con otra rama culta y generosa. La enseñanza mejora a los buenos, y hace buenos a los malos [Educatio et institutio commoda bonas naturas inducit, et cursum bonas naturas, si talem institutionem consequantur, meliores adhuc et praestantiores evadere scimus (Plat, dial. 4, De leg.)]. Por esto salió tan gran gobernador el emperador Trajano, porque a su buen natural se le arrimó la industria y dirección de Plutarco, su maestro. No fuera tan feroz el ánimo del rey don Pedro el Cruel, si lo hubiera sabido domesticar don Juan Alonso de Alburquerque, su ayo. Hay en los naturales las diferencias que en los metales: unos resisten al fuego, otros se deshacen en él y se derraman; pero todos se rinden al buril o al martillo y se dejan reducir a sutiles hojas. No hay ingenio tan duro en quien no labre algo el cuidado y el castigo. Es verdad que alguna vez no basta la enseñanza, como sucedió a Nerón y al príncipe don Carlos, porque entre la púrpura, como entre los bosques y las selvas, suelen criarse monstruos humanos al pecho de la grandeza, que no reconocen la corrección. Fácilmente se pervierte la juventud con las delicias, la libertad y la lisonja de los palacios, en los cuales suelen crecer los malos afectos, como en los campos viciosos las espinas y yerbas inútiles y dañosas; y, si no están bien compuestos y reformados, lucirá poco el cuidado de la educación, porque son turquesas que forman al príncipe según ellos son, conservándose de unos, criados en otros, los vicios o las virtudes, una vez introducidas. Apenas tiene el príncipe discurso, cuando, o le lisonjean con las desenvolturas de sus padres y antepasados, o le representan aquellas acciones generosas que están como vinculadas en las familias. De donde nace el continuarse en ellas de padres a hijos ciertas costumbres particulares, no tanto por la fuerza de la sangre, pues ni el tiempo ni la mezcla de los matrimonios las muda, cuanto por el corriente estilo de los palacios, donde la infancia las bebe y convierte en naturaleza. Y así, fueron tenidos en Roma por soberbios los Claudios, por belicosos los Escipiones, y por ambiciosos los Appios. Y en España están los Guzmanes en opinión de buenos, los Mendozas, de apacibles; los Manriques, de terribles, y los Toledos, de graves y severos. Lo mismo sucede en los artífices. Si una vez entra el primor en un linaje, se continúa en los sucesores, amaestrados con lo que vieron obrar a sus padres y con lo que dejaron en sus diseños y memorias. Otras veces la lisonja, mezclada con la ignorancia, alaba en el niño por virtudes la tacañería, la jactancia, la insolencia, la ira, la venganza y otros vicios, creyendo que son muestras de un príncipe grande, con que se ceba en ellos y se olvida de las verdaderas virtudes, sucediéndole lo que a las mujeres, que, alabadas de briosas y desenvueltas, estudian en sello, y no en la modestia y honestidad, que son su principal dote. De todos los vicios conviene tener preservada la infancia. Pero principalmente de aquellos que inducen torpeza u odio, porque son los que más fácilmente se imprimen [Cuncta igitur mala, sed ea maxime, quae turpitudinem habent vel odium

pariunt, sunt procul pueris removenda.» (Arist., Pol, lib. 7, c. 17)]. Y así, ni conviene que oiga estas cosas el príncipe, ni se le ha de permitir que las diga; porque, si las dice, cobrará ánimo para cometellas. Fácilmente ejecutamos lo que decimos o lo que está próximo a ello [Nam facile turpia loquendo efficitur ut homines his proxima faciant (Arist., Pol., lib. 7, c. 10)].

Por evitar estos daños buscaban los romanos una matrona de su familia, ya de edad y de graves costumbres, que fuese aya de sus hijos y cuidase de su educación, en cuya presencia ni se dijese ni hiciese cosa torpe [Coram qua neque dicere fas erat quol turpe dictu, neque facere quod inhonestum factu videretur (Quint., dial. De or.)]. Esta severidad miraba a que se conservase sincero y puro el natural, y abrazase las artes honestas [Quae disciplina ac severitas eo pertinebat, ut sincera et integra, et nullis pravitatibus detorta uniuscujusque natura toto statim pectore arriperet artes honestas (Quint., ibid.)]. Quintiliano se queja de que en su tiempo se corrompiese este buen estilo, y que, criados los hijos entre los siervos, hubiesen sus vicios, sin haber quien cuidase (ni aun sus mismos padres) de lo que se decía y hacía delante dellos [Nec quisquam in tota domo pensi habet quid coram infante domino aut dicat, aut faciat: quando etiam ipsi parentes nec probitati, neque modestiae parvulos assuefaciunt. sed lasciviae et libertati (Quint., ibid.)]. Todo esto sucede hoy en muchos palacios de príncipes, por lo cual conviene mudar sus estilos y quitar dellos los criados hechos a sus vicios, substituyendo en su lugar otros de altivos pensamientos, que enciendan en el pecho del príncipe espíritus gloriosos [Neque enim auribus jucunda convenit dicere, sed ex quo aliquid gloriosus fiat (Eurip., in Hippol.)], porque, depravado una vez el palacio, no se corrige si no se muda, ni quiere príncipe bueno. La familia de Nerón favorecía para el imperio a Otón, porque era semejante a él [Prona in eum aula Neronis ut similem (Tac., lib. 1 Hist.)]. Pero, si aun para esto no tuviere libertad el príncipe, húyase dél, como lo hizo el rey don Jaime el Primero de Aragón, viéndose tiranizado de los que le criaban y que le tenían como en prisión [Mar., Hist. Hisp. 1. 12, c. 5]; que no es menos un palacio donde están introducidas las artes de cautivar el albedrío y voluntad del príncipe, conduciéndole adonde quieren sus cortesanos, sin que pueda inclinar a una ni a otra parte, como se encamina al agua por ocultos conductos para solo el uso y beneficio de un campo. ¿Qué importa el buen natural y educación, si el príncipe no ha de ver ni oír ni entender más de aquello que quieren los que le asisten? ¿Qué mucho que saliese el rey don Enrique el Cuarto tan remiso y parecido en todos los demás defectos a su padre el rey don Juan el Segundo, si se crió entre los mismos aduladores y lisonjeros que destruyeron la reputación del gobierno pasado? Casi es tan imposible criarse bueno un príncipe en un palacio malo, como tirar una línea derecha por una regla torcida. No hay en él pared donde el carbón no pinte o escriba lascivias. No hay eco que no repita libertades. Cuantos le habitan son como maestros o idea del príncipe, porque con el largo trato nota en cada uno algo que le puede dañar o aprovechar; y cuanto más dócil es su natural, más se imprimen en él las costumbres domésticas. Si el príncipe tiene criados buenos, es bueno, y malo, si los tiene malos. Como sucedió a Galba, que, si daba en buenos amigos y libertos sin reprehensión, se gobernaba por ellos, y si en malos, era culpable su inadvertencia [Amicorum libertórumque ubi in bonos incidisset, sine reprehensione patiens: si mali forent, usque ad culpam ignarus (Tac., lib. 1, Hist.)].

No solamente conviene reformar el palacio en las figuras vivas, sino también en las muertas, que son las estatuas y pinturas; porque, si bien el buril y el pincel son lenguas

mudas, persuaden tanto como las más facundas. ¿Qué afecto no levanta a lo glorioso la estatua de Alexandro Magno? ¿A qué lascivia no incitan las transformaciones amorosas de Júpiter? En tales cosas, más que en las honestas, es ingenioso el arte (fuerza de nuestra depravada naturaleza), y por primores las trae a los palacios la estimación, y sirve la torpeza de adorno de las paredes. No ha de haber en ellos estatua ni pintura que no críe en el pecho del príncipe gloriosa emulación [Cum autem ne quis talia loquatur prohibetur, satis intelligitur vetari ne turpes vel picturas vel fabulas spectet (Arist., Pol. 7, c. 17)]. Escriba el pincel en los lienzos, el buril en los bronce, y el cincel en los mármoles los hechos heroicos de sus antepasados, que lea a todas horas, porque tales estatuas y pinturas son fragmentos de historia siempre presentes a los ojos.

Corregidos, pues (si fuere posible), los vicios de los palacios, y conocido bien el natural e inclinaciones del príncipe, procuren el maestro y ayo encaminallas a lo más heroico y generoso, sembrando en su ánimo tan ocultas semillas de virtud y de gloria, que, crecidas, se desconozca si fueron de la naturaleza o del arte. Animen la virtud con el honor, afeen los vicios con la infamia y descrédito, enciendan la emulación con el ejemplo. Estos medios obran en todos los naturales, pero en unos más que en otros. En los generosos, la gloria; en los melancólicos, el deshonor, en los coléricos, la emulación; en los inconstantes, el temor; y en los prudentes, el ejemplo, el cual tiene gran fuerza en todos, principalmente cuando es de los antepasados; porque lo que no pudo obrar la sangre, obra la emulación; sucediendo a los hijos lo que a los renuevos de los árboles, que es menester después de nacidos ingerirles un ramo del mismo padre que los perficione. Injertos son los ejemplos heroicos que en el ánimo de los descendientes infunden la virtud de sus mayores; en que debe ingeniarse la industria, para que entrando por todos los sentidos, prendan en él y echen raíces; porque no solamente se han de proponer al príncipe en las exhortaciones o reprehensiones ordinarias, sino también en todos los objetos. La historia le refiera los heroicos hechos de sus antepasados, cuya gloria, eternizada en la estampa, le incite a la imitación. La música (delicado filete de oro, que dulcemente gobierna los afectos) le levante el espíritu, cantándole sus trofeos y vitorias. Recítenle panegíricos de sus agüelos, que le exhorten y animen a la emulación, y él también los recite, y haga con sus meninos otras representaciones de sus gloriosas hazañas, en que se inflame el ánimo; porque la eficacia de la acción se imprime en él, y se da a entender que es el mismo que representa. Remede con ellos los actos de rey, fingiendo que da audiencias, que ordena, castiga y premia; que gobierna escuadrones, expugna ciudades y da batallas. En tales ensayos se crió Ciro, y con ellos salió gran gobernador.

Si descubriere el príncipe algunas inclinaciones opuestas a las calidades que debe tener quien nació para gobernar a otros, es conveniente ponelle al lado meninos de virtudes opuestas a sus vicios, que los corrijan, como suele una vara derecha corregir lo torcido de un arbolillo, atándola con él. Así, pues, al príncipe avaro acompañe un liberal; al tímido, un animoso; al encogido, un desenvuelto; y al perezoso, un diligente; porque aquella edad imita lo que ve y oye, y copia en sí las costumbres del compañero.

La educación de los príncipes no sufre desordenada la reprehensión y el castigo, porque es especie de desacato. Se acobardan los ánimos con el rigor, y no conviene que vilmente se rinda a uno quien ha de mandar a todos. Y como dijo el rey don Alonso [Lib. 8, tit. 7, part. II]: "Los que de buen lugar vienen, mejor se castigan por palabras, que por feridas: e más

aman por ende aquellos que así lo facen, e más gelo agradescen cuando han entendimiento". Es un potro la juventud, que con un cabezón duro se precipita, y fácilmente se deja gobernar de un bocado blando. Fuera de que en los ánimos generosos queda siempre un oculto aborrecimiento a lo que se aprendió por temor, y un deseo y apetito de reconocer los vicios que le prohibieron en la niñez. Los afectos oprimidos (principalmente en quien nació príncipe) dan en desesperaciones, como en rayos las exhalaciones constreñidas entre las nubes. Quien indiscreto cierra las puertas a las inclinaciones naturales, obliga a que se arrojen por las ventanas. Algo se ha de permitir a la fragilidad humana, llevándola diestramente por las delicias honestas, a la virtud; arte de que se valieron los que gobernaban la juventud de Nerón [Quo facilius lubricam Principis aetatem, si virtutem aspernaretur, voluptatibus concessis, retinerent.» (Tac, lib. 13, Ann.)]. Reprehenda el ayo a solas al príncipe, porque en público le hará más obstinado, viendo ya descubiertos sus defectos. En los dos versos incluyó Homero [Homer, Iliad., 11] cómo ha de ser enseñado el príncipe, y cómo ha de obedecer:

At tu recta ei dato consilia, et admone,
Et ei impera: ille autem parabit, saltem in bonum.

EMPRESA V

Las letras tienen amargas las raíces, si bien son dulces sus frutos. Nuestra naturaleza las aborrece, y ningún trabajo siente más que el de sus primeros rudimentos. ¡Qué congojas, qué sudores cuestan a la juventud! Y así por esto, como porque ha menester el estudio una continua asistencia, que ofende a la salud, y no se puede hallar en las ocupaciones, cerimonias y divertimientos del palacio, es menester la industria y arte del maestro, procurando que en ellos y en los juegos pueriles vaya tan disfrazada la enseñanza, que la beba el príncipe sin sentir, como se podría hacer para que aprendiese a leer, formándole un juego de veinte y cuatro dados en que estuviesen esculpidas las letras, y ganase el que arrojados pintase una o muchas sílabas o formase entero el vocablo; cuyo cebo de la ganancia y cuyo entretenimiento le daría fácilmente el conocimiento de las letras, pues más hay que aprender en los naipes, y los juegan luego los niños. Aprenda a escribir teniendo grabadas en una lámina sutil las letras; la cual puesta sobre el papel, lleve la mano y la pluma, ejercitándose mucho en habituarse en aquellas letras de quien se forman las demás. Con que se enamorará del trabajo, atribuyendo a su ingenio la industria de la lámina.

El conocimiento de diversas lenguas es muy necesario en el príncipe, porque el oír por intérprete o leer traducciones esta sujeto a engaños o a que la verdad pierda su fuerza y energía, y es gran desconsuelo del vasallo que no le entienda quien ha de consolar su necesidad, deshacer sus agravios y premiar sus servicios. Por esto Josef, habiendo de gobernar a Egipto, donde había gran diversidad de lenguas, que no entendía [Linguae,

quam non noverat, audivit (Psalm 80, 6)], hizo estudio para aprendellas todas. Al presente emperador don Fernando acredita y hace amable la perfección con que habla muchas, respondiendo en la suya a cada uno de los negociantes. Estas no se le han de enseñar con preceptos que confundan la memoria, sino teniendo a su lado meninos de diversas naciones, que cada uno le hable en su lengua, con que naturalmente sin cuidado ni trabajo las sabrá en pocos meses.

Para que entienda lo práctico de la geografía y cosmografía (sciencias tan importantes, que sin ellas es ciega la razón de estado), estén en los tapices de sus cámaras labrados los mapas generales de las cuatro partes de la tierra y las provincias principales, no con la confusión de todos los lugares, sino con los ríos y montes y con algunas ciudades y puestos notables. Disponiendo también de tal suerte los estanques, que en ellos, como en una carta de marear, reconozca (cuando entrare a pasearse) la situación del mar, imitados en sus costas los puertos, y dentro las islas. En los globos y esferas vea la colocación del uno y otro hemisferio, los movimientos del cielo, los caminos del sol, y las diferencias de los días y de las noches, no con demostraciones científicas, sino por vía de narración y entretenimiento. Ejercítese en los usos de la geometría, midiendo con instrumentos las distancias, las alturas y las profundidades. Aprenda la fortificación, fabricando con alguna masa fortalezas y plazas con todas sus entradas encubiertas, fosos, baluartes, medias lunas y tijeras, que después bata con pecezuas de artillería. Y para que más se le fijen en la memoria aquellas figuras, se formarán de mirtos y otras yerbas en los jardines, como se ven en la presente empresa.

Ensáyese en la sargentería, teniendo vaciadas de metal todas las diferencias de soldados, así de caballería como de infantería que hay en un ejército, con los cuales sobre una mesa forme diversos escuadrones, a imitación de alguna estampa donde estén dibujados; porque no ha de tener el príncipe en la juventud entretenimiento ni juego que no sea una imitación de lo que después ha de obrar de veras [Itaque ludi magna ex parte imitationes esse debent earum rerum, quae serio postea sunt obeundae (Arist., Pol., lib. 7, c. 17)]. Así suavemente cobrará amor a estas artes, y después, ya bien amanecida la luz de la razón, podrá entendellas mejor con la conversación de hombres doctos, que le descubran las causas y efectos dellas [Audiens sapiens, sapientior erit: et intelligens, gubernacula possidebit (Prov, 1 5)], y con ministros ejercitados en la paz y en la guerra; porque sus noticias son más del tiempo presente, satisfacen a las dudas, se aprenden más y cansan menos [Sapientiam omnium antiquorum exquiret sapiens, et narrationem virorum nominatorum conservabit (Eccl, 39, 1 et 2)].

No parezcan a algunos vanos estos ensayos para la buena crianza de los hijos de los reyes, pues muestra la experiencia cuántas cosas aprenden por sí mismos fácilmente los niños, que no pudieran con el cuidado de sus maestros. Ni se juzguen por embarazosos estos medios, pues, si para domar y corregir un caballo se han inventado tantas diferencias de bocados, frenos, cabezones y mucerolas, y se ha escrito tanto sobre ello, ¿cuánto mayor debe ser la atención en formar un príncipe perfecto, que ha de gobernar, no solamente a la plebe ignorante, sino también a los mismos maestros de las sciencias? El arte de reinar no es don de la naturaleza, sino de la especulación y de la experiencia. Sciencia es de las sciencias [Mihi videtur ars artium et scientia scientiarum hominem regere, animal tam varium et

multiplex (S. Gregor. Nazian., in Apolog.). Con el hombre nació la razón de Estado, y morirá con él sin haberse entendido perfectamente.

No ignoro, serenísimo Señor, que tiene V. A. al lado tan docto y sabio maestro, y tan entendido en todo (felicidad de la monarquía), que llevará a V. A. con mayor primor por estos atajos de las sciencias y de las artes; pero no he podido excusar estos advertimientos, porque, si bien habla con vuestra alteza este libro, también habla con los demás príncipes que son y serán.

EMPRESA XVIII

A muchos dió la virtud el imperio. A pocos, la malicia. En éstos fue el ceptro usurpación violenta y peligrosa. En aquéllos, título justo y posesión durable. Por secreta fuerza de su hermosura obliga la virtud a que la veneren. Los elementos se rinden al gobierno del cielo por su perfección y nobleza, y los pueblos buscaron al más justo y al más cabal para entregalle la suprema potestad. Por esto a Ciro no le parecía merecedor del imperio el que no era mejor que todos [Non censebat convenire cuiquam Imperium, qui non melior esset iis, quibus imperaret (Xenoph., lib. 8, Paedag.)]. Los vasallos reverencian más al príncipe en quien se aventajan las partes y calidades del ánimo. Cuanto fueron éstas mayores, mayor será el respeto y estimación, juzgando que Dios le es propicio y que con particular cuidado le asiste y dispone su gobierno. Esto hizo glorioso por todo el mundo el nombre de Josué [Fuit ergo Dominus cum Josuet, et nomen ejus divulgatum est in omni terra (Jos., 6. 27.)]. Recibe el pueblo con aplauso las acciones y resoluciones de un príncipe virtuoso, y con piadosa fe espera dellas buenos sucesos. Y, si salen adversos, se persuade a que así conviene para mayores fines impenetrables. Por esto en algunas naciones eran los reyes sumos sacerdotes [Rex enim Dux erat in bello, et judex, et in iis, quae ad cultum Deorum pertinerent, summam potestatem habebat (Arist, lib. 3, Pol., c 11)], de los cuales recibiendo el pueblo la cerimonia y el culto respetase en ellos una como superior naturaleza, más vecina y más familiar a Dios, de la cual se valiese para medianera en sus ruegos, y contra quien no se atreviese a maquinar [Minusque insidiantur eis, qui Deos auxiliares habent (Arist., Pol.)]. La corona de Aarón sobre la mitra se llevaba los ojos y los deseos de todos [Corona aurea super mitram ejus expressa signo sanctitatis et gloria honoris: opus virtutis et desideria oculorum ornata (Eccl, 45, 14)]. Jacob adoró el ceptro de Josef, que se remataba en una cigüeña, símbolo de la piedad y religión [Et adoravit fastigium virgae ejus (Paul. epist. ad Hebr., 11, 21)].

No pierde tiempo el gobierno con el ejercicio de la virtud, antes dispone Dios entre tanto los sucesos. Estaban Fernán Antolínez, devoto, oyendo misa, mientras a las riberas del Duero el conde Garci-Fernández daba la batalla a los moros, y, revestido de su forma,

peleaba por él un ángel, con que le libró Dios de la infamia, atribuyéndose a él la gloria de la victoria. Igual suceso en la ordenanza de su ejército se refiere en otra ocasión de aquel gran varón el conde de Tilly, Josué cristiano, no menos santo que valeroso, mientras se hallaba al mismo sacrificio. Asistiendo en la tribuna a los divinos oficios el emperador don Fernando el Segundo, le ofrecieron a sus pies más estandartes y trofeos que ganó el valor de muchos precededores suyos [Nolite timere: state et videte magnalia Domini, quae facturus est hodie (Exod., 14, 13)]. Mano sobre mano estaba el pueblo de Israel, y obraba Dios maravillas en su favor [Dominus enim Deus Israel pugnavit pro eo (Jos., 10, 42)]. Eternamente lucirá la corona que estuviere ilustrada, como la de Ariadne, con las estrellas resplandecientes de la virtudes [Neque declinet in partem dexteram vel sinistram. ut longo tempore regnet ipse et filii ejus (Deut., 17, 20)]. El emperador Septimio dijo a sus hijos, cuando se moría, que les dejaba el imperio firme, si fuesen buenos; y poco durable, si malos. El rey don Fernando [Mar., Hist. Hisp.], llamado el Grande por sus grandes virtudes, aumentó con ellas su reino y lo estableció a sus sucesores. Era tanta su piedad, que en la traslación del cuerpo de San Isidoro de Sevilla a León, llevaron él y sus hijos las andas, y le acompañaron a pies descalzos desde el río Duero hasta la iglesia de San Juan de León. Siendo Dios por quien reinan los reyes, y de quien dependen su grandeza y sus aciertos, nunca podrán errar si tuvieren los ojos en él. A la luna no le faltan los rayos del sol; porque, reconociendo que dél los ha de recibir, le está siempre mirando para que la ilumine; a quien deben imitar los príncipes, teniendo siempre fijos los ojos en aquel eterno luminar que da luz y movimiento a los orbes, de quien reciben sus crecientes y menguantes los imperios. Como lo representa esta empresa en el ceptro rematado en una luna que mira al sol, símbolo de Dios, porque ninguna criatura se parece más a su omnipotencia, y porque sólo El da luz y ser a las cosas.

Quem, quia respicit omnia solus,
Verum possis divere solem [Boetius].

La mayor potestad descende de Dios [Non est enim potestas nisi a Deo (Rom., 13, 1)]. Antes que en la tierra, se coronaron los reyes en su eterna mente. Quien dió el primer móvil a los orbes, le da también a los reinos y repúblicas. Quien a las abejas señaló rey, no deja absolutamente al acaso o a la elección humana estas segundas causas de los príncipes, que en lo temporal tienen sus veces y son muy semejantes a él [Principes quidem instar Deorum esse (Tac., lib. 3, Ann.)]. En el Apocalipse se significan por aquellos siete planetas que tenía Dios en su mano [Et habebat in dextera sua stellas septem (Apoc., 1, 16)]. En ellos dan sus divinos rayos, de donde resultan los reflejos de su poder y autoridad sobre los pueblos. Ciega es la mayor potencia sin su luz y resplandores. El príncipe que los despreciare y volviere los ojos a las aparentes luces de bien que le representa su misma conveniencia, y no la razón presto verá eclipsado el orbe de su poder. Todo lo que huye la presencia del sol, queda en confusa noche. Aunque se vea menguante la luna, no vuelve las espaldas al sol. Antes más alegre y aguileña, le mira, y obliga a que otra vez le llene de luz. Tenga, pues, el príncipe siempre fijo su ceptro, mirando a la virtud en la fortuna próspera y adversa; porque en premio de su constancia, el mismo sol divino, que o por castigo o por ejercicio del mérito permitió su menguante, no retirará de todo punto su luz, y volverá a acrecentar con ellas su grandeza. Así ha sucedido al emperador don Fernando el Segundo: muchas veces se vió en los últimos lances de la fortuna, tan adversa, que pudo desesperar de su Imperio y aun de su vida. Pero ni perdió la esperanza, ni apartó los ojos de aquel

increado sol, autor de lo criado, cuya divina Providencia le libró de los peligros y le levantó a mayor grandeza sobre todos sus enemigos. La vara de Moisés, significado en ella el ceptro, hacía milagrosos efectos cuando, vuelta al cielo, estaba en su mano. Pero en dejándola caer en tierra, se convirtió en venenosa serpiente, formidable al mismo Moisés [Projecit, et versa est in colubrum, ita ut fugeret Moyses (Exod., 4, 3)]. Cuando el ceptro toca en el cielo, como la escala de Jacob, le sustenta Dios, y bajan ángeles en su socorro [Vidit in somnis scalam stantem super terram, et cacumen illius tangens coelum. Angelos quoque Dei ascendentes, et descendentes per eam, et Dominum innixum scalae (Gen., 28, 12)]. Bien conocieron esta verdad los egipcios, que grababan en las puntas de los ceptros la cabeza de una cigüeña, ave religiosa y piadosa con sus padres, y en la parte inferior un pie de hipopótamo, animal impío e ingrato a su padre, contra cuya vida maquina por gozar libre de los amores de su madre; dando a entender con este jeroglífico que en los príncipes siempre ha de preceder la piedad a la impiedad. Con el mismo símbolo quisiera Macavelo a su príncipe, aunque con diversa significación, que estuviese en las puntas de su ceptro la piedad y impiedad para volvelle, y hacer cabeza de la parte que más conviniese a la conservación o aumento de sus estados; y con este fin no le parece que las virtudes son necesarias en él, sino que basta el dar a entender que las tiene; porque, si fuesen verdaderas y siempre se gobernase por ellas, le serían perniciosas, y al contrario, fructuosas si se pensase que las tenía; estando de tal suerte dispuesto, que pueda y sepa mudallas y obrar según fuere conveniente y lo pidiere el caso; y esto juzga por más necesario en los príncipes nuevamente introducidos en el imperio, los cuales es menester que estén aparejados para usar de las velas según sople el viento de la fortuna y cuando la necesidad obligare a ello. Impío y imprudente consejo, que no quiere arraigadas, sino postizas, las virtudes. ¿Cómo puede obrar la sombra lo mismo que la verdad? ¿Qué arte será bastante a realzar tanto la naturaleza del cristal, que se igualen sus fondos y luces a los del diamante? ¿Quién al primer toque no conocerá su falsedad y se reirá dél? La verdadera virtud echa raíces y flores, y luego se le caen a la fingida. Ninguna disimulación puede durar mucho [Vera gloria radices agit, atque etiam propagatur: ficta omnia celeriter tanquam flosculi decidunt, neque simulatum quidquam potest esse diuturnum (Cicer., lib. 2, de Offic, cap. 32)]. No hay recato que baste a representar buena una naturaleza mala. Si aun en las virtudes verdaderas y conformes a nuestro natural y inclinación, con hábito ya adquirido, nos descuidamos, ¿qué será en las fingidas? Y penetradas del pueblo estas artes, y desengañado, ¿cómo podrá sufrir el mal olor de aquel descubierto sepulcro de vicios, más abominable entonces sin el adorno de la virtud? ¿Cómo podrá dejar de retirar los ojos de aquella llaga interna, si, quitado el paño que la cubre, se le ofreciere a la vista? [Quasi pannus menstruatae universae justitiae nostrae (Isai, 64, 6)]; de donde resultaría el ser despreciado el príncipe de los suyos y sospechoso a los extraños. Unos y otros le aborrecerían, no pudiendo vivir seguros dél. Ninguna cosa hace temer más la tiranía del príncipe que verle afectar las virtudes, habiendo después de resultar dellas mayores vicios, como se temieron en Otón cuando competía el imperio [Otho interim, contra spem omnium, non deliciis, neque desidia torpescere, dilatae voluptates, dissimulata luxuria. et cuncta ad decorem imperii composita. Eoque plus formidinis afferebant falsae virtutes, et vitia reductura (Tac., lib. 1 Hist.)]. Sabida la mala naturaleza de un príncipe, se puede evitar. Pero no la disimulación de las virtudes. En los vicios propios obra la fragilidad. En las virtudes fingidas, el engaño, y nunca acaso, sino para injustos fines. Y así, son más dañosas que los mismos vicios, como lo notó Tácito en Seyano [Haud minus noxiae, quoties parando regni finguntur (Tac, lib. 4, Ann.)]. Ninguna maldad mayor que vestirse de la virtud para ejercitar

mejor a malicia [Extrema est perversitas, cum prorsus justitia vaces ad id niti, ut vir bomas esse videaris (Plato)]. Cometer los vicios es fragilidad. Disimular virtudes, malicia. Los hombres se compadecen de los vicios y aborrecen la hipocresía; porque en aquéllos se engaña uno a sí mismo, y en ésta a los demás. Aun las acciones buenas se desprecian si nacen del arte, y no de la virtud. Por bajeza se tuvo lo que hacía Vitelio para ganar la gracia del pueblo; porque, si bien era loable, conocían todos que era fingido y que no nacía de virtud propia [Quae grata sane et popularia si a virtutibus proficiscerentur; memoriae vitae prioris, indecora et vilia accipiebantur (Tac., lib. 2, Hist.)]. Y ¿para qué fingir virtudes, si han de costar el mismo cuidado que las verdaderas? Si éstas por la depravación de las costumbres apenas tienen fuerza, ¿cómo la tendrán las fingidas? No reconoce de Dios la corona y su conservación, ni cree que premia y castiga, el que fía más de tales artes que de su divina Providencia. Cuando en el príncipe fuesen los vicios flaqueza, y no afectación, bien es que los encubra por no dar mal ejemplo, y porque el celallos así no es hipocresía ni malicia para engañar, sino recato natural y respeto a la virtud. No le queda freno al poder que no disfraza sus tiranías. Nunca más temieron los senadores a Tiberio que cuando le vieron sin disimulación [Penetrabat pavor et admiratio, callidum olim, et tegendis sceleribus obscurum, huc confidentiae venisse ut tanquam dimotis parietibus ostenderet Nepotem sub verberibus Centurionis, inter servorum ictus, extrema vitae alimenta frustra orantem (Tac., lib. 6, Ann.)]. Y si bien dice Tácito que Pisón fué aplaudido del pueblo por sus virtudes o por unas especies semejantes a ellas [Claro apud vulgum rumore erat, per virtutem aut species virtutum similes (Tac., lib. 15, Ann.)], no quiso mostrar que son lo mismo en el príncipe las virtudes fingidas que las verdaderas, sino que tal vez el pueblo se engaña en el juicio dellas, y celebra por virtud la hipocresía. ¿Cuánto, pues, sería más firme y más constante la fama de Pisón si se fundara sobre la verdad?

Los mismos inconvenientes nacerían si el príncipe tuviese virtudes verdaderas, pero dispuestas a mudallas según el tiempo y necesidad; porque no puede ser virtud la que no es hábito constante, y está en un ánimo resuelto a convertirla en vicio y correr, si conviniere, con los malos; y ¿cómo puede ser esto conveniencia del príncipe? "Ca el Rey contra los malos, quanto en su maldada estovieren (palabras son del rey don Alonso en sus Partidas [L. 5, tít. 5, part. II]), siempre les debe aver mala voluntad, porque, si desta guisa non lo fiziese, non podría facer cumplidamente justicia, nin tener su tierra en paz, nin mostrarse por bueno". Y ¿qué caso puede obligar a esto, principalmente en nuestros tiempos, en que están asentados los dominios, y no penden (como en tiempo de los emperadores romanos) de la elección y insolencia de la malicia? Ningún caso será tan peligroso, que no pueda excusallo la virtud, gobernada con la prudencia, sin que sea menester ponerse el príncipe de parte de los vicios. Si algún príncipe se perdió, no fue por haber sido bueno, sino porque no supo ser bueno. No es obligación en el príncipe justo oponerse luego indiscretamente a los vicios cuando es vana y evidentemente peligrosa la diligencia. Antes es prudencia permitir lo que repugnando no se puede impedir [Permittimus quod nolentes indulgemus, quia pravam hominum voluntatem ad plenum cohibere non possumus (S. Chris.)]. Disimule la noticia de los vicios hasta que pueda remediallos con el tiempo, animando con el premio a los buenos y corrigiendo con el castigo a los malos, y usando de otros medios que enseña la prudencia. Y, si no bastaren, déjelo al sucesor, como hizo Tiberio, reconociendo que en su tiempo no se podían reformar las costumbres [Non id tempus censurae nec si quid in moribus labaret, defuturum corrigendi auctorem (Tac., lib. 14 Ann.)]; porque, si el príncipe, por temor a los malos, se conformase con sus vicios, no los ganaría, y perdería a los

buenos, y en unos y otros crecería la malicia. No es la virtud peligrosa en el príncipe. El celo sí, y el rigor imprudente. No aborrecen los malos al príncipe porque es bueno, sino porque con destemplada severidad no los deja ser malos. Todos desean un príncipe justo. Aun los malos le han menester bueno, para que los mantenga en justicia, y estén con ella seguros de otros como ellos. En esto se fundaba Séneca cuando para retirar a Nerón del incesto con su madre, le amenazaba con que se había publicado, y que no sufrirían los soldados por emperador a un príncipe vicioso [Pervulgatum esse incestum gloriante matre, nec toleraturos milites profani Principis imperium (Tac., lib. 14, Ann.)]. Tan necesarias son en el príncipe las virtudes, que sin ellas no se pueden sustentar los vicios. Seyano fabricó su valimiento mezclando con grandes virtudes sus malas costumbres [Corpus illi laborum tolerans, animus audax, sui obtegens in alios crimator, juxta adulatio, et superbia, palam compositus pudor, intus summa adipiscendi libido, ejusque causa, modo largitio et luxus, saepius industria ac vigilantia (Tac lib. 1 Hist.)]. En Lucinio Muciano se hallaba otra mezcla igual de virtudes y vicios. También en Vespasiano se notaban vicios y se alababan virtudes [Ambigua de Vespasiano fama erat (Tac, lib. 1. Hist.)], pero es cierto que fuera más seguro el valimiento de Seyano fundado en las virtudes, y de Vespasiano y Muciano se hubiera hecho un príncipe perfecto, si, quitados los vicios de ambos, quedaran solas las virtudes [Egregium principatus temperamentum, si, demptis utriusque vitii, solae virtutes miscerentur (Tac, lib. 2, Hist.)]. Si los vicios son convenientes en el príncipe para conocer a los malos, bastará tener dellos el conocimiento, y no la práctica. Sea, pues, virtuoso; pero de tal suerte despierto y advertido, que no haya engaño que no alcance ni malicia que no penetre, conociendo las costumbres de los hombres y sus modos de tratar, para gobernarlos sin ser engañado. En este sentido pudiera disimularse el parecer de los que juzgan que viven más seguros los reyes cuando son más tacaños que los súbditos [Eo munitiores reges censent, quo illis, quibus imperitant, nequiores fuere (Salust.)]; porque esta tacañería en el conocimiento de la malicia humana es conveniente para saber castigar, y compadecerse también de la fragilidad humana. Es muy áspera y peligrosa en el gobierno la virtud austera sin este conocimiento; de donde nace que en el príncipe son convenientes aquellas virtudes heroicas propias del imperio, no aquellas monásticas y encogidas que le hacen tímido, embarazado en las resoluciones, retirado del trato humano, y más atento a ciertas perfecciones propias que al gobierno universal. La mayor perfección de su virtud consiste en satisfacer a las obligaciones de príncipe que le impuso Dios.

No solamente quiso Macavelo que el príncipe fingiese a su tiempo virtudes, sino intentó fundar una política sobre la maldad, enseñando a llevarla a un extremo grado, diciendo que se perdían los hombres porque no sabían ser malos, como si se pudiera dar ciencia cierta para ello. Esta doctrina es la que más príncipes ha hecho tiranos y los ha precipitado. No se pierden los hombres porque no saben ser malos, sino porque es imposible que sepan mantener largo tiempo un extremo de maldades, no habiendo malicia tan advertida que baste a cautelarse, sin quedar enredada en sus mismas artes. ¿Qué ciencia podrá enseñar a conservar en los delitos entero el juicio a quien perturba la propia consciencia? La cual, aunque está en nosotros, obra sin nosotros, impelida de una divina fuerza interior, siendo juez y verdugo de nuestras acciones, como lo fue de Nerón después de haber mandado matar a su madre, pareciéndole que la luz, que a otros da la vida, a él había de traer la muerte [Sed a Caesare profecto demum scelere magnitudo ejus intellecta est; reliquo noctis, modo per silentium defixus, saepius pavore exurgens, et mentis inops lucem operiebatur, tanquam exitium allaturam (Tac., lib. 14, Ann.)]. El mayor corazón se pierde, el más

despierto consejo se confunde a la vista de los delitos. Así sucedía a Seyano cuando, tratando de extinguir la familia de Tiberio, se hallaba confuso con la grandeza del delito [Sed magnitudo facinoris metum, prolationes, diversa interdum consilia afferebat (Tac, lib. 4, Ann.)]. Caza Dios el más resabido con su misma astucia [Qui apprehendit sapientes in astutia eorum, et consilium pravorum dissipat (Job, 5, 13)]. Es el vicio ignorancia opuesta a la prudencia; es violencia que trabaja siempre en su ruina.

Mantener una maldad es multiplicar inconvenientes; peligrosa fábrica, que presto cae sobre quien la levanta. No hay juicio que baste a remediar las tiranías menores con otras mayores; y ¿adónde llegaría este cúmulo, que le pudiesen sufrir los hombres? El mismo ejemplo de Juan Pagolo, tirano de Prusia, de que se vale Macavelo para su dotrina, pudiera persuadirle el peligro cierto de caminar entre tales principios; pues, confundida su malicia, no pudo perficionalla con la muerte del papa Julio II. Lo mismo sucedió al duque Valentín, a quien pone por idea de los demás príncipes. El cual, habiendo estudiado en asegurar sus cosas después de la muerte del papa Alexandro VI, dando veneno a los cardenales de la facción contraria, se trocaron los flascos, y él y Alexandro bebieron el veneno, con que luego murió el papa, y Valentín quedó tan indispuerto, que no pudo intervenir en el cónclave, no habiendo su astucia prevenido este caso. Y así no salió Papa quien deseaba, y perdió casi todo lo que violentamente había ocupado en la Romania. No permite la Providencia divina que se logren las artes de los tiranos [Qui dissipat cogitationes malignorum, ne possint implere manus eorum, quod coeperant (Job, 5, 12)]. La virtud tiene fuerza para atraer a Dios a nuestros intentos, no la malicia. Si algún tirano duró en la usurpación, fuerza fue de alguna gran virtud o excelencia natural, que disimuló sus vicios y le granjeó la voluntad de los pueblos. Pero la malicia lo atribuye a las artes tiranas, y saca de tales ejemplos impías y erradas máximas de estado, con que se pierden los príncipes y caen los imperios. Fuera de que no todos los que tienen el ceptro en la mano y la corona en las sienes reinan, porque la divina justicia, dejando a uno con el reino, se le quita, volviéndole de señor en esclavo de sus pasiones y de sus ministros, combatido de infelices sucesos y sediciones. Y así se verificó en Saúl lo que Samuel le dijo, que no sería rey, en pena de no haber obedecido a Dios [Pro eo quod abjecisti sermonem Domini, abjecit te Dominus, ne sis rex (1 Reg., 15, 23)]; porque, si bien vivió y murió rey, fue desde entonces servidumbre su reinado.

EMPRESA XLIII

Todas las cosas animadas o inanimadas son hojas deste gran libro del mundo, obra de la naturaleza, donde la divina Sabiduría escribió todas las sciencias, para que nos enseñasen y amonestasen a obrar. No hay virtud moral que no se halle en los animales. Con ellos mismos nace la prudencia práctica; en nosotros se adquiere con la enseñanza y la experiencia. De los animales podemos aprender sin confusión o vergüenza de nuestra rudeza, porque quien enseña en ellos es el mismo Autor de las cosas. Pero el vestirnos de

sus naturalezas, o querer imitallas para obrar según ellos, irracionalmente, llevados del apetito de los afectos y pasiones, sería hacer injuria a la razón, dote propio del hombre, con que se distingue de los demás animales y merece el imperio de todos. En ellos, faltando la razón, falta la justicia, cada uno atiende solamente a su conservación, sin reparar en la injuria ajena. El hombre justifica sus acciones y las mide con la equidad, no queriendo para otro lo que no quisiera para sí. De donde se infiere cuán impío y feroz es el intento de Macavelo, que forma a su príncipe con otro supuesto o naturaleza de león o de raposa, para que lo que no pudiese alcanzar con la razón, alcance con la fuerza y el engaño; en que tuvo por maestro a Lisandro, general de los lacedemonios, que aconsejaba al príncipe que donde no llegase la piel de león, lo supliese cosiendo la de raposa [Quo leonis pellis attingere non potest. Principi assuendam vulpinam. (Plutarch)] y valiéndose de sus artes y engaños. Antigua fué esta doctrina. Polibio la refiere de su edad y de las pasadas, y la reprende [Fuit, cui in tractandis negotiis dolus malus placeret, quem Regi convenire sane nemo dixerit, etsi non desunt, qui in tam crebro usu hodie doli mali necessarium eum esse dicant ad publicarum rerum administrationem (Polyb., lib., 13, Hist.)]. El rey Saúl la pudo enseñar a todos. Esta máxima con el tiempo ha crecido, pues no hay injusticia ni indignidad que no parezca honesta a los políticos, como sea en orden a dominar [Nihil gloriosum nisi tutum, et omnia retinendae dominationis honesta (Salust.)], juzgando que vive de merced el príncipe a quien solo lo justo es lícito [Ubicumque tantum honesta dominandi licent, precario regnatur (Senec., in Trag. Thvest.)]; con que ni se repara en romper la palabra, ni en faltar a la fe y a la religión, como convenga a la conservación y aumento del Estado. Sobre estos fundamentos falsos quiso edificar su fortuna el duque Valentín; pero, antes de vella levantada, cayó tan desecha sobre él, que ni aun fragmentos o ruinas quedaron della. ¿Qué puede durar lo que se funda sobre el engaño y la mentira? ¿Cómo puede subsistir lo violento? ¿Qué firmeza habrá en los contratos si el príncipe, que ha de ser la seguridad dellos, falta a la fe pública? ¿Quién se fiará dél? ¿Cómo durará el imperio en quien no cree que hay Providencia divina, o fía más de sus artes que della? No por esto quiero al príncipe tan benigno, que nunca use de la fuerza, ni tan cándido y sencillo, que ni sepa disimular ni cautelarse contra el engaño; porque viviría expuesto a la malicia, y todos se burlarían dél. Antes en esta empresa deseo que tenga valor; pero no aquel bestial y irracional de las fieras, sino el que se acompaña con la justicia, significado en la pie del león, símbolo de la virtud, que por esto la dedicaron a Hércules. Tal vez conviene al príncipe cubrir de severidad la frente y oponerse al engaño. No siempre ha de parecer humano. Ocasiones hay en que es menester que se revista de la piel del león, y que sus vasallos y sus enemigos le vean con garras, y tan severo, que no se le atreva el engaño con las palabras halagüeñas de que se vale para domesticar el ánimo de los príncipes. Esto parece que quisieron dar a entender los egipcios poniendo una imagen de león sobre la cabeza de príncipe. No hay respeto ni reverencia donde no hay algún temor. En penetrando el pueblo que sabe enojarse el príncipe y que ha de hallar siempre en él un semblante apacible y benigno, le desprecia; pero no siempre ha de pasar a ejecución esta severidad, cuando basta que como amenaza obre, y entonces no se ha de perturbar el ánimo del príncipe; sírvase solamente de lo severo de la frente. Sin descomponerse el león ni pensar en el daño de los animales, los atemoriza con su vista solamente [Leo fortissimus bestiarum, ad nullius pavebit occursum (Prov., 30, 30)]; tal es la fuerza de la majestad de sus ojos. Pero, porque alguna vez conviene cubrir la fuerza con la astucia, y la indignación con la benignidad, disimulando y acomodándose al tiempo y a las personas, se corona en esta empresa la frente del león, no con las artes de la raposa, viles y fraudulentas, indignas de la generosidad y corazón magnánimo del príncipe,

sino con las sierpes, símbolo del imperio y de la majestad prudente y vigilante, y jerolífico en las sagradas letras de la prudencia; porque su astucia en defender la cabeza, en cerrar las orejas al encanto, y en las demás cosas, mira a su defensa propia, no al daño ajeno. Con este fin y para semejantes casos se dió a esta empresa el mote *Ut sciat regnare*, sacado de aquella sentencia que el rey Ludovico XI de Francia quiso que solamente aprendiese su hijo Carlos VIII, *Qui nescit dissimulare, nescit regnare*; en que se incluye toda la sciencia de reinar. Pero es menester gran advertencia, para que ni la fuerza pase a ser tiranía, ni la disimulación o astucia a engaño, porque son medios muy vecinos al vicio. Justo Lipsio [Lips., de civil. doct., lib. 4, c. 14], definiendo en los casos políticos el engaño, dice que es un agudo consejo que declina de la virtud y de las leyes por bien del rey y del reino; y, huyendo de los extremos de Macavelo, y pareciéndole que no podría gobernar el príncipe sin alguna fraude o engaño, persuadió el leve, toleró el medio y condenó el grave; peligrosos confines para el príncipe. ¿Quién se los podrá señalar ajustadamente? No han de ponerse tan vecinos los escollos a la navegación política. Harto obra en muchos la malicia del poder y la ambición de reinar. Si es vicioso el engaño, vicioso será en sus partes, por pequeñas que sean, y indigno del príncipe. No sufre mancha alguna lo precioso de la púrpura real. No hay átomo tan sutil, que no se descubra y afee los rayos destos soles de la tierra. ¿Cómo se puede de permitir una acción que declina de la virtud y de las leyes en quien es alma dellas? No puede haber engaño que no se componga de la malicia y de la mentira, y ambas son opuestas a la magnanimidad real; y, aunque dijo Platon que la mentira era sobrada en los dioses, porque no necesitaban de alguno, pero no en los príncipes, que han menester a muchos, y que así se les podía conceder alguna vez, lo que es ilícito nunca se debe permitir ni basta sea el fin honesto para usar de un medio por su naturaleza malo. Solamente puede ser lícita la disimulación y astucia cuando ni engañan ni dejan manchado el crédito del príncipe; y entonces no las juzgo por vicios, antes o por prudencia, o por virtudes hijas della, convenientes y necesarias en el que gobierna. Esto sucede cuando la prudencia, advertida en su conservación, se vale de la astucia para ocultar las cosas según las circunstancias del tiempo, del lugar y de las personas, conservando una consonancia entre el corazón y la lengua, entre el entendimiento y las palabras. Aquella disimulación se debe huir que con fines engañosos miente con las cosas mismas; la que mira a que el otro entienda lo que no es, no la que solamente pretende que no entienda lo que es; y así bien se puede usar de palabras indiferentes y equívocas, y poner una cosa en lugar de otra con diversa significación, no para engañar, sino para cautelarse o prevenir el engaño, o para otros fines lícitos. El dar a entender el mismo Maestro de la verdad a sus discípulos que quería pasar más adelante del castillo de Emaús [*Et ipse se fluxit longius ire* (Luc., 21, 28)], las locuras fingidas de David delante del rey Achis [*Et inmutavit os suum coram eis, et collabebatur inter manus eorum, et impingebat in ostia portae, defluebantque salivae ejus in barbam* (1, Reg., 21, 13)], el pretexto del sacrificio de Samuel [*Vitulum de armento tolles in manu tua, et dices: Ad immolandum Domino veni* (1, Reg., 16, 2)], y las pieles revueltas a las manos de Jacob [*Pelliculasque haedorum circundedit manibus, et colli nuda protexit* (Gen., 27, 16)], fueron disimulaciones lícitas, porque no tuvieron por fin el engaño, sino encubrir otro intento; y no dejan de ser lícitas porque se conozca que dellas se ha de seguir el engaño ajeno; porque este conocimiento no es malicia, sino advertimiento.

Estas artes y trazas son muy necesarias cuando se trata con príncipes astutos y fraudulentos; porque en tales casos la severidad y recato, la disimulación en el semblante, la generalidad y equivocación advertida en las palabras, para que no dejen empeñado al príncipe ni den

lugar a los desinios o al engaño, usando de semejantes artes, no para ofender ni para burlar la fe pública, ¿qué otra cosa es sino doblar las guardas al ánimo? Necia sería la ingenuidad que descubriese el corazón, y peligroso el imperio sin el recato. Decir siempre la verdad sería peligrosa sencillez, siendo el silencio el principal instrumento de reinar. Quien la entrega ligeramente a otro, le entrega su misma corona. Mentir no debe un príncipe; pero se le permite callar o celar la verdad, y no ser ligero en el crédito ni en la confianza, sino maduro y tardo, para que, dando lugar a la consideración, no pueda ser engañado: parte muy necesaria en el príncipe, sin la cual estaría sujeto a grandes peligros. El que sabe más y ha visto más cree y fía menos, porque o la especulación, o la práctica y experiencia le hacen recatado. Sea pues el ánimo del príncipe cándido y sencillo, pero advertido en las artes y fraudes ajenas. La misma experiencia dictará los casos en que ha de usar el príncipe destas artes, cuando reconociere que la malicia y doblez de los que tratan con él obliga a ellas; porque en las demás acciones siempre se ha de descubrir en el príncipe una candidez real, de la cual tal vez es muy conveniente usar aun con los mismos que le quieren engañar; porque estos, si la interpretan a segundos fines, se perturban y desatinan, y es generoso engaño el de la verdad, y si se aseguran della, le hacen dueño de lo más íntimo del alma, sin armarse contra él de segundas artes. ¿Qué redes no se han tejido, qué estratagemas no se han pensado contra la astucia y malicia de la raposa? ¿Quién puso asechanzas a la sencillez doméstica de las golondrinas?

Los príncipes estimados en el mundo por gobernadores de mucha prudencia y espíritu no pueden usar deste arte, porque nadie piensa que obran acaso o sencillamente. Las demostraciones de su verdad se tienen por apariencias. Lo que en ellos es advertencia se juzga por malicia; su prudencia por disimulación, y su recato por engaño. Estos vicios impusieron al Rey Católico, porque con su gran juicio y experiencias en la paz y en la guerra conocía el mal trato y poca fe de aquellos tiempos, y con sagacidad se defendía, obrando de suerte que sus émulos y enemigos quedasen enredados en sus mismas artes, o que fuesen éstas frustradas con el consejo y con el tiempo. Por esto algunos príncipes fingen la sencillez y la modestia para encubrir más sus fines, y que no los alcance la malicia, como lo hacía Domiciano [*Simul simplicitatis, ac modestiae imagine in altitudinem conditus, studiumque litterarum, et amorem carminum simulans quo velaret animum* (Tac., 1, 4, Hist.)]. El querer un príncipe mostrarse sabio en todo es dejar de serlo. El saber ser ignorante a su tiempo es la mayor prudencia. Ninguna cosa más conveniente ni más dificultosa que moderar la sabiduría: en Agrícola lo alabó Tácito [*Retinuitque, quod difficillimum est, ex sapientia modum* (Tac., in vit. Agric.)]. Todos se conjuran contra el que más sabe; o es envidia o defensa de la ignorancia, si ya no es que tienen por sospechoso lo que no alcanzan. En reconociendo Saúl que era David muy prudente, empezó a guardarse dél [*Vidit itaque Saul quod prudens esset nimis, et coepit cavere eum* (1, Reg.. 18. 15)].

Otros príncipes se muestran divertidos en sus acciones, porque se crea que obran acaso. Pero es tal la malicia de la política presente, que no solamente penetra estas artes, sino calumnia la más pura sencillez, con grave daño de la verdad y del sosiego público; no habiendo cosa que se interprete derechamente; y, como la verdad consiste en un punto, y son infinitos los que están en la circunferencia donde puede dar la malicia, nacen graves errores en los que buscan a las obras y palabras diferentes sentidos de lo que parecen y suenan; y, encontrados así los juicios y las intenciones, se arman de artes unos contra otros, y viven todos en perpetuas desconfianzas y recelos. El más ingenioso en las sospechas es el

que más lejos da de la verdad, porque con la agudeza penetra adentro más de lo que ordinariamente se piensa; y creemos por cierto en los otros lo que en nosotros es engaño de la imaginación. Así al navegante le parece que corren los escollos, y es él quien se mueve. Las sombras de la razón de estado suelen ser mayores que el cuerpo, y tal vez se deja éste y se abrazan aquéllas; y, quedando burlada la imaginación, se recibe mayor daño con los reparos que el que pudiera hacer lo que se temía. ¡Cuántas veces por recelos vanos se arma un príncipe contra quien no tuvo pensamiento de ofendelle, y se empeñan las armas del uno y del otro, reducido a guerra lo que antes fué ligera y mal fundada presunción! A estos sucede lo que a los bajeles, que cuando más celosos más presto se pierden. No repruebo la difidencia cuando es hija de la prudencia, como decimos en otra parte, sino acuso que falte siempre la buena fe, sin la cual ni habrá amistad ni parentesco firme, ni contrato seguro, y quedará sin fuerzas el derecho de las gentes, y el mundo en poder del engaño. No siempre se obra con segundas intenciones. Aun el más tirano suele tal vez caminar con honestos fines.

EMPRESA XLIV

Dudoso es el curso de la culebra torciéndose a una parte y otra con tal incertidumbre, que aun su mismo cuerpo no sabe por dónde le ha de llevar la cabeza; señala el movimiento a una parte, y le hace a la contraria, sin que dejen huellas sus pasos ni se conozca la intención de su viaje [Sed nescis unde veniat, aut quo vadat. (Joan., 3, 8)]. Así ocultos han de ser los consejos y desinios de los príncipes. Nadie ha de alcanzar adónde van encaminados, procurando imitar a aquel gran Gobernador de lo criado, cuyos pasos no hay quien pueda entender [Et vias illius intelligit? (Eccl., 16, 21)]: por esto dos serafines le cubrían los pies con sus alas [Et duabus alis velabant pedes ejus. (Isai., 6, 2)]. Con tanto recato deben los príncipes celar sus consejos, que tal vez ni aun sus ministros los penetren; antes los crean diferentes y sean los primeros que queden engañados, para que más naturalmente y con mayor eficacia, sin el peligro de la disimulación, que fácilmente se descubre, afirmen y acrediten lo que no tienen por cierto, y beba el pueblo dellos el engaño, con que se esparza y corra por todas partes. Así lo hizo Tiberio cuando, murmurando de que no pasaba a quietar las legiones amotinadas en Hungría y Germania, fingió que quería partir; y, engañando primero a los prudentes, engañó también al pueblo y a las provincias [Primo prudentes, dein vulgus, diutissimé provincias fefellit (Tac., lib. 1. Ann)]. Así también lo hacía el rey Filipe II, encubriendo sus fines a sus embajadores, y señalándoles otros cuando convenía que los creyesen y persuadiesen a los demás. Destas artes no podrá valerse el príncipe si su ingenuidad no es tan recatada, que no dé lugar a que se puedan averiguar los movimientos de su ánimo en las acciones del gobierno, ni a que le ganen el corazón los émulos y enemigos; antes se les deslice de las manos cuando piensen que le tienen asido. Esta disposición del hecho en que el otro queda engañado más es defensa que malicia, usándose della cuando convenga, como la usaron grandes varones.

¿Qué obligación hay de descubrir el corazón, a quien no acaso escondió la naturaleza en el retrete del pecho? Aun en las cosas ligeras o muy distantes es dañosa la publicidad, porque dan ocasión al discurso para rastreallas. Con estar tan retirado el corazón, se conocen sus achaques y enfermedades por sólo el movimiento que participa a las arterias. Pierde la ejecución su fuerza, con descrédito de la prudencia del príncipe, si se publican sus resoluciones. Los desinios ignorados amenazan a todas partes y sirven de diversión al enemigo. En la guerra, más que en las demás cosas del gobierno, conviene celarlos. Pocas empresas descubiertas tienen feliz suceso. ¡Qué embarazado se halla el que primero se vió herir que relucir el acero, el que despertó al ruido de las armas!

Esto se ha de entender en las guerras contra infieles, no en las que se hacen contra cristianos, en que se debieran intimar primero para dar tiempo a la satisfacción, con que se excusarían muchas muertes, siendo esta diligencia parte de justificación. En esto fueron muy loables los romanos, que constituyeron un colegio de veinte sacerdotes, que llamaban feciales, para intimar las guerras y concluir la paz y hacer ligas; los cuales eran jueces de semejantes causas, y las justificaban, procurando que se diese satisfacción de los agravios y ofensas recibidas, señalando treinta y tres días de término, en el cual, si no se componían las diferencias por vía de justicia o amigable composición, se intimaba la guerra, tomándolo por testimonio de tres hombres ancianos, y arrojando en el país enemigo una lanza herrada.

Et baculum intorquens emittit in auras,
principium pugnae [Virg., lib. 9, Aeneid.]

Desde aquel día comenzaban las hostilidades y correrías. Desta intimación tenemos muchos ejemplos en las sagradas letras. Eligido Jefe por príncipe de los israelitas contra los ammonitas, no levantó las armas hasta haberles enviado embajadores a saber la causa que les movía a aquella guerra [Et misit nuntios ad Regem filiorum Ammon, qui ex persona sua dicerent: Quid mihi et tibi est, quia venisti contra me, ut vastares terram meam? (Jud., 11. 12)]. No se usa en nuestros tiempos tan humano y generoso estilo. Primero se ven los efectos de la guerra que se sepa la causa ni se penetre el desinio. La invasión impensada hace mayor el agravio y irreconciliables los ánimos; lo cual nace de que las armas no se levantan por recompensa de ofensas o por satisfacción de daños, sino por ambición ciega de ensanchar los dominios, en que ni a la religión, ni a la sangre ni a la amistad se perdona, confundidos los derechos de la naturaleza y de las gentes.

En las sospechas de infidelidad conviene tal vez que tenga el príncipe sereno el semblante, sin darse por entendido dellas; antes debe confirmar los ánimos con el halago y el honor y obligarlos a la lealtad. No es siempre seguro ni conveniente medio el del extremo rigor: las ramas que se cortan se pierden, porque no pueden reverdecer. Esto obligó a Marcelo a disimular con Lucio Bancio de Nola, hombre rico y de gran parcialidad; y, aunque sabía que hacía las partes de Aníbal, le llamó, y le dijo cuán emulado era su valor y cuán conocido de los capitanes romanos, que habían sido testigos de sus hazañas en la batalla de Canas. Hónrale con palabras y le mantiene con esperanzas; ordena que se le dé libre entrada en las audiencias, y de tal suerte le deja confundido y obligado, que no tuvo después la república romana más fiel amigo.

Esta disimulación ha de ser con gran atención y prudencia; porque, si cayese en ella el que maquina, creería que era arte para castigalle después, y daría más presto fuego a la mina, o se preservaría con otros medios violentos; lo cual es más de temer en los tumultos y delitos de la multitud. Por esto Fabio Valente, aunque no castigó los autores de una sedición, dejó que algunos fuesen acusados [*Ne dissimulans suspectior foret* (Tac., lib. 2, Hist.)]. Pero, como quiera que difícilmente se limpia el ánimo de las traiciones concebidas, y que las ofensas a la majestad no se deben dejar sin castigo, parece que solamente conviene disimular cuando es mayor el peligro de la declaración o imposible el castigar a muchos. Esto consideraría Julio César cuando, habiendo desbalijado un correo despachado a Pompeyo con cartas de la nobleza romana contra él, mandó quemar la balija, teniendo por dulce manera de perdón ignorar el delito. Gran acto de magnanimidad y gran prudencia, no pudiendo castigar a tantos, no obligarse a disimular con ellos. Podríase también hacer luego la demostración del castigo con los de baja condición y disimular con los ilustres, esperando más segura ocasión para castigallos [*Unde tenuioribus statim irrogata supplicia, adversus illustres dissimulatum ad praesens, et mox redditum odium* (Tac. lib. 16, Ann.)]; pero, cuando no hay peligro en el castigo, mejor es asegurar con él que confiar en la disimulación; porque ésta suele dar mayor brío para la traición. Trataba Hanón de dar veneno al senado de Cartago; y, sabida la traición, pareció a aquellos senadores que bastaba acudir al remedio, promulgando una ley que ponía tasa a los convites; lo cual dió ocasión a Hanón para que intentase otra nueva traición contra ellos.

El arte y astucia más conveniente en el príncipe y la disimulación más permitida y necesaria es aquella que de tal suerte sosiega y compone el rostro, las palabras y acciones contra quien disimuladamente trata de engañalle, que no conozca haber sido entendido; porque se gana tiempo para penetrar mejor y castigar o burlar el engaño, haciendo esta disimulación menos solícito al agresor, el cual, una vez descubierto, entra en temor, y le parece que no puede asegurarse si no es llevando al cabo sus engaños; que es lo que obligó a Agrippina a no darse por entendida de la muerte que le había trazado su hijo Nerón, juzgando que en esto consistía su vida [*Solum insidiarium remedium esse, si non intelligerentur* (Tac., lib. 14, Ann.)]. Esta disimulación o fingida simplicidad es muy necesaria en los ministros que asisten a príncipes demasiadamente astutos y doblados, que hacen estudio de que no sean penetradas sus artes; en que fué gran maestro Tiberio [*Consulto ambiguus*. (Tac., lib. 13, Ann.)]. Della se valieron los senadores de Roma cuando el mismo Tiberio, muerto Augusto, les dió a entender (para descubrir sus ánimos) que no quería acetar el imperio porque era grave su peso; y ellos con estudiosa ignorancia y con provocadas lágrimas procuraban inducirle a que le acetase, temiendo no llegase a conocer que penetraban sus artes [*Abditos Principis sensus, et si quid occultius parat exquirere illicitum, anceps; nec ideo assequare* (Tac., lib. 6, Ann.)]. Aborrecen los príncipes injustos a los que entienden sus malas intenciones, y los tienen por enemigos; quieren un absoluto imperio sobre los ánimos, no sujeto a la inteligencia ajena, y que los entendimientos de los súbditos les sirvan tan vilmente como sus cuerpos, teniendo por obsequio y reverencia que el vasallo no entienda sus artes [*Eó aegrius accepit recludi, quae premeret* (Tac., lib. 4, Ann.)]; por lo cual es ilícito y peligroso obligar al príncipe a que descubra sus pensamientos ocultos [*Haud cunctatus est ultra Germanicus, quanquam fingi ea, seque per invidiam parto jam decori abstrahi intelligeret* (Tac., lib. 2, Ann.)]. Lamentándose Tiberio de que vivía poco seguro de algunos senadores, quiso Asinio Gallo saber dél los que eran, para que fuesen castigados; y Tiberio llevó mal que con aquella pregunta intentase descubrir lo que

ocultaba [Si intelligere crederetur, vim metuens, in urben properat (Tac., ibid.)]. Más advertido fué Germánico, que, aunque conocía las artes de Tiberio, y que le sacaba de Alemania por cortar el hilo de sus glorias, obedeció sin darse por entendido [Trepidatum a circumsedentibus: diffugiunt imprudentes: at quibus altior intellectus, resistunt defixi, et Neronem intuentes (Tac., lib. 13, Ann.)]. Cuando son inevitables los mandatos del príncipe, es prudencia obedecellos y afectar la ignorancia, porque no sea mayor el daño. Por esto Arquelao, aunque conoció que la madre de Tiberio le llamaba a Roma con engaño, disimuló y obedeció, temiendo las fuerzas si pareciese haberlo entendido [Quibus unus metus, si intelligere viderentur (Tac., lib 1, Ann.)]. Esta disimulación es más necesaria en los errores y vicios del príncipe; porque aborrece al que es testigo o sabidor dellos. En el banquete donde fué avelenado Británico huyeron los imprudentes; pero los de mayor juicio se estuvieron quedos mirando a Nerón, porque no se infiriese que conocían la violencia de aquella muerte, sino que la tenían por natural [Intellegebantur artes; sed pars obsequii in eo, no deprehenderentur (Tac., lib. 4, Hist.)].

EMPRESA XCVII

Vencido el león, supo Hércules gozar de la vitoria, vistiéndose de su piel para sujetar mejor otros monstruos. Así los despojos de un vencimiento arman y dejan más poderoso al vencedor, y así deben los príncipes usar de las vitorias, aumentando sus fuerzas con las rendidas, y adelantando la grandeza de sus estados con los puestos ocupados. Todos los reinos fueron pequeños en sus principios; después crecieron conquistando y manteniendo. Las lo mismas causas que justificaron la guerra, justifican la retención. Despojar para restituir es imprudente y costosa ligereza. No queda agradecido quien recibe hoy lo que ayer le quitaron con sangre. Piensan los príncipes comprar la paz con la restitución, y compran la guerra. Lo que ocuparon, los hace temidos; lo que restituyen, despreciados, interpretándose a flaqueza; y cuando, arrepentidos o provocados, quieren recobrallo, hallan insuperables dificultades. Depositó Su Majestad (creyendo excusar celos y guerras) la Valtelina en poder de la Sede Apostólica; y, ocupándola después los franceses, pusieron en peligro al estado de Milán, y en confusión y armas a Italia. Manteniendo lo ocupado, quedan castigados los atrevimientos, afirmado el poder, y con prendas para comprar la paz cuando la necesidad obligare a ella. El tiempo y la ocasión enseñarán al príncipe los casos en que conviene mantener o restituir, para evitar mayores inconvenientes y peligros, pesados con la prudencia, no con la ambición; cuyo ciego apetito muchas veces por donde pensó ampliar, disminuye los estados.

Suelen los príncipes en la paz deshacerse ligeramente de puestos importantes, que después los lloran en la guerra. La necesidad presente acusa la liberalidad pasada. Ninguna grandeza se asegure tanto de sí, que no piense que lo ha menester todo para su defensa. No se deshace el águila de sus garras; y, si se deshiciera, se burlarían della las demás aves; porque no la respetan como a reina por su hermosura, que más gallardo es el pavón, sino por la fortaleza de sus presas. Más temida y más segura estaría hoy en Italia la grandeza de Su

Majestad si hubiera conservado el estado de Siena, el presidio de Placencia y los demás puestos que ha dejado en otras manos. Aun la restitución de un estado no se debe hacer cuando es con notable detrimento de otro.

No es de menos inconvenientes mover una guerra que usar templadamente de las armas. Levantallas para señalar solamente los golpes es peligrosa esgrima. La espada que desnuda no se vistió de sangre, vuelve vergonzosa a la vaina. Si no ofende al enemigo, ofende al honor propio. Es el fuego instrumento de la guerra; quien le tuviere suspenso en la mano, se abrasará con él. Si no se mantiene el ejército en el país enemigo, consume el propio, y se consume en él. El valor se enfría si faltan las ocasiones en que ejercitalle y los despojos con que encendelle. Por esto Vócula alojó su ejército en tierras del enemigo [Ut praeda ad virtutem incenderetur (Tac., lib. 4, Hist.)]. David salió a recibir a los filisteos fuera de su reino [Venit ergo Davit in Baal Pharasim, et percussit eos ibi (2, Reg., 5, 20.)], y dentro del suyo acometió a Amasías el rey de Israel Joás [Ascenditque Joas, Rex Israel, et viderunt se, ipse et Amasias Rex Juda in Bethsames, oppido Judae. Percussusque est Juda coram Israel (4, Reg., 14, 11.)], sabiendo que venía contra él. Los vasallos no pueden sufrir la guerra en sus casas, sustentando a amigos y enemigos; crecen los gastos, faltan los medios, y se mantienen vivos los peligros. Si esto se hace por no irritar más al enemigo y reducirle, es imprudente consejo, porque no se ha de lisonjear a un enemigo declarado. Lo que se deja de obrar con las armas, no se interpreta a benignidad, sino a flaqueza, y, perdido el crédito, aun los más poderosos peligran. Costosa fué la clemencia de España con el duque de Saboya Carlos. Movié éste la guerra al duque de Mantua, Ferdinando, sobre la antigua pretensión del Monferrato; y, no juzgando por conveniente el rey Filipe Tercero que decidiese la espada el pleito que pendía ante el Emperador, y que la competencia de dos potentados turbase la paz de Italia, movió sus armas contra el duque Carlos de Saboya, y se puso sobre Asti, no para entrar en aquella plaza por fuerza (lo cual fuera fácil), sino para obligar al Duque con la amenaza a la paz, como se consiguió. Desta templa le nacieron mayores bríos, y volvió a armarse contra lo capitulado, encendiéndose otra guerra más costosa que la pasada. Pusieron las armas de Su Majestad sobre la plaza de Berceli, y, en habiéndola ocupado, se restituyó; y, como le salían al Duque baratos los intentos, se coligó luego en Aviñón con el rey de Francia y venecianos, y perturbó tercera vez a Italia. Estas guerras se hubieran excusado si en la primera hubiera probado lo que cortaban los aceros de España, y que le había costado parte de su estado. El que una vez se atrevió a la mayor potencia, no es amigo sino cuando se ve oprimido y despojado; así lo dijo Vócula a las legiones amotinadas, animándolas contra algunas provincias de Francia que se rebelaban [Nunc hostes, quia molle servitium: cum spoliati exutique fuerint, amicos fore (Tac., lib. 4, Hist.)]. Los príncipes no son temidos y respetados por lo que pueden ofender, sino por lo que saben ofender. Nadie se atreve al que es atrevido. Casi todas las guerras se fundan en el descuido o poco valor de aquél contra quien se mueven. Poco pelagra quien levanta las armas contra un príncipe muy deseoso de la paz, porque en cualquier mal suceso la hallará en él. Por esto parece conveniente que en Italia se muden las máximas de España de imprimir en los ánimos que Su Majestad desea la paz y quietud pública, y que la comprará a cualquier precio. Bien es que conozcan los potentados que Su Majestad mantendrá siempre con ellos buena amistad y correspondencia; que interpondrá por su conservación y defensa sus armas, y que no habrá diligencia que no haga por el sosiego de aquellas provincias; pero es conveniente que entiendan también que, si alguno injustamente se opusiere a su grandeza y se conjurare contra ella, obligándole a los daños y gastos de la

guerra, los recompensará con sus despojos, quedándose con los que ocupare. ¿Qué tribunal de justicia no condena en costas al que litiga sin razón? ¿Quién no probará su espada en el poderoso si lo puede hacer a su salvo? Alcanzada una vitoria, se deben repartir los despojos entre sus soldados, honrando con demostraciones particulares a los que se señalaron en la batalla, para que, premiado el valor, se anime a mayores empresas y sea ejemplo a los demás. Con este fin los romanos inventaron diversas coronas, collares, ovaciones y triunfos. A Saúl, después de vencidos los amalecitas, se levantó un arco triunfal [Et erexisset sibi fornicem triumphalem (1, Reg., 15, 25.)]. No solamente se han de hacer estos honores a los vivos, sino también a los que generosamente murieron en la batalla, y a sus sucesores, pues con sus vidas compraron la vitoria. Los servicios grandes hechos a la república no se pueden premiar si no es con una memoria eterna, como se premiaron los de Jonatás, fabricándole un sepulcro que duró al par de los siglos [Et statuit septem pyramidas, unam contra unam patri et matri et quatuor fratribus: et his circumposuit columnas magnas; et super columnas arma ad memoriam aeternam: et juxta arma naves sculptas, quae viderentur ab omnibus navigantibus mare. Hoc est sepulchrum, quod fecit in Modin, usque in hunc diem (1, Mach., 13, 28)]. El ánimo, reconociéndose inmortal, desprecia los peligros porque también sea inmortal la memoria de sus hechos. Por estas consideraciones ponían antiguamente los españoles tantos obeliscos alrededor de los sepulcros cuantos enemigos habían muerto [Et apud Hispanos, bellicosam gentem, obelisci circum cujusque tumulum tot numero erigebantur, quot hostes interemisset (Arist., lib. 7, Pol., c. 2)].

Siendo Dios árbitro de las victorias, dél las debemos reconocer, y obligalle para otras, no solamente con las gracias y sacrificios, sino también con los despojos y ofrendas, como hicieron los israelitas después de quitado el cerco de Betulia roto a los asirios [Omnis populus post victoriam venit in Jerusalem adorare Dominum: et mox ut purificati sunt, obtulerunt omnes holocausta, et vota, et repromissiones suas (Judich, 16, 22)]; y como hizo Josué después de la vitoria de los haitas ofreciéndole hostias pacíficas [Et offeres super eo holocausta Domino Deo tuo et inmola bis hostias pacificas (Deut., 27, 6)], en que fueron muy liberales los reyes de España, cuya piedad remuneró Dios con la presente monarquía.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).